



LA RAZÓN HISTÓRICA.  
 Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas  
 ISSN 1989-2659  
 Número 46, Año 2020, páginas 133-138.  
[www.revistalarazonhistorica.com](http://www.revistalarazonhistorica.com)



## EL SOBERANISMO FRANCÉS: ENTRE LOCALISMO Y UNIVERSALISMO. *Orígenes, crisis interna y perspectivas de futuro.*

**Davy Rodríguez**

*Director de La Dialéctica nacional.*

“Lo universal es lo local sin paredes”. Esta cita del gran poeta portugués Miguel Torga ilustra perfectamente la lucha interna que agita al país galo desde la década de los ochenta del pasado siglo. El traumatismo del Tratado de Maastricht y la victoria del “No” al Tratado Constitucional Europeo en el referéndum del 2005, han demostrado perfectamente la ambivalencia, incluso la incoherencia, de la opinión pública francesa.

La misma que no sabe ni lo que puede ni lo que debe elegir. El miedo a Frau Merkel y a los tecnócratas de Bruselas le hicieron escoger el bando macronista en el 2017. Sus élites germanizadas y otanizadas temen ser humilladas por el Sacro Imperio Romano Germánico, no queriendo en absoluto formar parte de esos PIGS tan despreciados por los mercados anglosajones, renegando totalmente de sus raíces romano-católicas.

El poder vacilante afronta numerosas crisis: la de los chalecos amarillos, la de los inmigrantes no-asimilados y sus hijos que controlan barrios e incluso ciudades del país, la de la globalización que cuestiona profundamente la organización y la existencia del welfare state francés y por último la de su propia identidad que, tras decenas de revoluciones en los tres últimos siglos, ninguna llegó a generar una sensación de

saciedad política.

La escena política francesa está dividida entre dos concepciones muy distintas del poder y de cómo abordar estas crisis: la del globalismo que considera que el poder tiene que transferirse a unos gobernadores europeos, mayoritariamente alemanes; y otra que quiere tomar el toro por los cuernos, que considera que puede asumir el poder sin miedo e incluso más eficientemente que la Kommandatur de Bruselas.

Este conflicto entre, por una parte, un abandono total al universalismo posmoderno sin control al futuro; y por otra parte, un activismo político que asume dañar la concepción universalista gala, no solo es una lucha en la actualidad, sino una lucha histórica.

### I. EL SOBERANISMO COMO NUEVO GALICANISMO

Francia es conocida como una de las primeras naciones laicas del mundo, junto con México o con Turquía cuando estaba bajo el mando de los Jóvenes Turcos. La laicidad francesa es el fruto de una larga lucha entre el poder político galo y la facción ultramontana; entre el imperium de los reyes capetos y la autoridad religiosa de San Pedro.

El universalismo francés tiene como raíz el catolicismo romano, como también lo tiene el universalismo español. La diferencia entre estos dos universalismos es la respuesta que se aporta a esta pregunta: ¿Quién es la herramienta de quien?

El rey francés considera que el universalismo es una herramienta política que él usa para imponer su dominación cultural y militar; mientras que el español entiende su universalismo como una espada a disposición de la Santa Sede. De ahí surge la diferenciación entre estas dos naciones: el universalismo español es un fin en sí, mientras que el universalismo francés solía ser un mero medio de dominación.

De ahí nace el cisma entre la Iglesia y el poder político francés; existía y sigue existiendo esta tensión entre universalismo y Estado-Nación. Más aún cuando el universalismo actual es un posmodernismo que promueve la inmigración masiva, la ideología de género, la deconstrucción de los mitos nacionales y el abandono de la diversidad cultural europea.

El poder político francés siempre quiso controlar la ideología universalista. El discurso del Tigre Georges Clémenceau en 1918 tras la victoria contra el Káiser nos ofrece un ejemplo de ello: “Francia, ayer soldado de Dios, hoy soldado de la humanidad, siempre será el soldado del idealismo”.

El laicismo radical-socialista toma la misma senda que la de los reyes capetos. La ley de separación de Iglesia-Estado de 1905 no es nada más que la terminación del bofetón atribuido a Guillermo de Nogaret, consejero de Felipe IV, al Papa Bonifacio VIII. Clémenceau es el heredero de la Pragmática Sanción de Bourges (1438), cuando Carlos VII independizó el clero galo de Roma. Más tarde, la Francia revolucionaria encontraría a su más grande representante en la persona del – autoproclamado – Empereur des Français Napoleón I que convocó al Papa Pío VII como si fuese su criado.

La humillación fue un arma política valiosa para los gobernantes franceses. Todo hombre de fe que no respetaba las reglas editadas por Su Majestad Cristianísima corría el riesgo de exponerse a tales consideraciones. No obstante, le Roy de France sabía hacerse obedecer: obtenía las bulas papales pedidas – v gr. la Bula Papal Unigenitus que condujo a la excomuni3n de los jansenistas en 1713 – y cuando no, hacía Papa a cualquier vicario servil – v gr. Clemente V que permitió la supresi3n de la Orden de los Templarios, principal acreedor de la deuda del Rey de Francia –.

Todos estos ejemplos demuestran que, en Francia, el universalismo es una herramienta política. El soberanismo francés nace, por lo tanto, de la toma de conciencia de una parte de la élite y de una gran parte de esta naci3n; se dan cuenta, por fin, que el posmodernismo, heredero de la Ilustraci3n francoalemana y de la declaraci3n de los DD.HH. del 1789, ya no sirve los intereses franceses.

## II. LA IRREMEDIABLE DIVISI3N DEL SOBERANISMO FRANCÉS

Esta ideología universalista posrevolucionaria tiene más que ver con Voltaire, que estaba obsesionado por copiar el modelo anglosaj3n, que con el pensamiento de Rousseau o de Robespierre. El liberalismo anglosaj3n ha monopolizado la idea universalista dominando el área cultural a nivel global: en las familias promueve el

individualismo progresista, el mercado laboral protege cada vez menos a los trabajadores y la nación tan solo es una plataforma para intercambiar mercancías con el extranjero.

La ideología comerciante de la Pérfida Albión no es del gusto de los franceses. Esta toma de conciencia dio lugar a una resistencia cultural y política, y ésta a su vez, a unas alianzas contranaturales.

En el 1992, cuando se celebró el referéndum respecto a la adopción del tratado de Maastricht, los opositores al proyecto de una Unión Europea federal se juntaron sin cuestionarse los unos a los otros. La derecha moderada de Philippe Séguin y Charles Pasqua, iba de la mano con los representantes de la derecha nacional, como Philippe de Villiers o Jean-Marie Le Pen. Jean-Pierre Chevènement representaba la izquierda soberanista. Hubo dos campañas: una dirigida a los votantes de la izquierda y otra a los de las derechas.

En el 2005 con el Tratado Constitucional Europeo, hubo la misma dinámica con Jean-Luc Mélenchon (PS), Marie-Georges Buffet (PC), Olivier Besancenot (trotskista) y Jean-Pierre Chevènement, por un lado, y Jean-Marie Le Pen (FN), Philippe de Villiers (tradicionalista) en la derecha nacional.

Por lo tanto, el soberanismo tiene tanto sus referentes en la izquierda como en la derecha. Esta división entre dos bandos irreconciliables considerada como una “hemiplejía moral” por Ortega y Gasset es la razón por la cual el soberanismo nunca triunfó como proyecto político.

Estuvo muy cerca de conseguirlo durante las elecciones presidenciales del 2017, cuando Florian Philippot como vicepresidente del Frente Nacional, dirigía de facto la campaña electoral de Marine Le Pen. Siendo Philippot un ex militante de izquierdas, muy activo en los medios de comunicación, éste supo dar la ilusión de que el Frente Nacional no era ni un partido de izquierdas, ni tampoco de derechas. Desgraciadamente (¿o por la gracia de Dios?) la “desdiabolización” del FN no resistió la incompetencia de su presidenta que ridiculizó tanto a su partido y a sus votantes como a sí misma en el debate clave que hubo entre las dos vueltas de estas elecciones.

### III. PERSPECTIVAS DE FUTURO

Desde la perspectiva de la izquierda francesa, el soberanismo ha desaparecido. Las múltiples purgas dentro de la France Insoumise (Francia Insumisa, de Jean-Luc Mélenchon) tuvieron como consecuencias la fuga o la desaparición de los altos cargos soberanistas de izquierdas – v. gr. Djordje Kuzmanovic fue destituido de su puesto y Andréa Kotarac se afilió al Frente Nacional) –.

Del otro lado del escenario político, la derecha nacional del Rassemblement National (Reagrupación Nacional, nueva denominación del Frente Nacional de Marine Le Pen) abandona las tesis soberanistas para “normalizarse” y adopta los planteamientos de la derecha moderada. La dimisión de Florian Philippot y el análisis al electorado francés compuesto principalmente de ancianos (1/3 del electorado) llevaron al ex FN a abandonar poco a poco el soberanismo. Quitaron de su programa el retorno al franco, el proteccionismo y los temas más sociales.

La concienciación del pueblo francés sobre los temas europeos (el euro, la PAC, las restricciones presupuestarias...) es un éxito. A tal punto que los chalecos amarillos retomaron muchos temas de los abordados por los soberanistas; pero a nivel político, no existe una fuerza capaz de defender todos estos temas electoralmente con posibilidad de acceder al poder.

De vez en cuando surgen iniciativas interesantes. En abril del 2020, el filósofo libertario Michel Onfray creó una revista soberanista llamada Frente Popular para resistir y proponer una alternativa a lo que él llama “Estado Maastrichtiano”. Su iniciativa parece tener bastante éxito. Consiguió reunificar a los “republicanos de las dos orillas” (según una expresión del propio Jean-Pierre Chevènement, en una entrevista del año 2015), o republicanos de izquierdas, gaullistas, patriotas..., ya que se puede encontrar en este proyecto tanto con intelectuales y políticos de izquierda (Jean-Pierre Chevènement, Djordje Kuzmanovic, el brillante economista Jacques Sapir) como con representantes de la derecha nacional (Philippe de Villiers, el sociólogo quebequense Mathieu Bock-Côté). También supo añadir a este proyecto a personas no afiliadas ideológicamente, pero con cierta popularidad, como el Profesor Éric Raoult que consiguió curar con éxito a numerosos pacientes con COVID-19 nada más estallar la crisis sanitaria, o también

Jacline Mouraud exrepresentante de los chalecos amarillos.

Esta iniciativa podría tener un cierto éxito en los próximos meses, si los actores de la derecha entienden la necesidad de hacerse más sociales, promoviendo por ejemplo las ideas de la encíclica *Rerum Novarum*, y si la izquierda acaba entendiendo lo importante que es defender la idea de nación como estructura protectora y factor de identidad común.